

tarea si se entiende que el hombre es algo más que una entidad biológica que produce para vivir y que vive para producir, encerrada en el círculo férreo y sin horizontes de la materialidad. La investigación sobre lo que constituye la fundamentación última de nuestra condición de argentinos no es una curiosidad vana ni un lujo extemporáneo, sino una tarea necesaria e insoslayable. Es ésta la dimensión en que se debe ubicar todo juicio sobre el volumen en el que el *Centro* presenta los frutos de su labor.

El contenido de la publicación merecería un análisis que excede los límites de una recensión. María Clara Mosto trata de *Los obstáculos de la libertad según Gregorio de Nyssa*, aclarando previamente la noción de libertad que, a su juicio, es el fundamento de toda la concepción nyssena no sólo del hombre, sino también del mundo y de Dios. Graciela Lidia Ritacco estudia *Los componentes del hombre según el "De hominis opificio" de Gregorio de Nyssa*; aquí la libertad ya no juega el papel decisivo que tenía en el trabajo anterior; habría otros aspectos que resaltan más; los rasgos constitutivos se agrupan en tres series, entrando la autodeterminación en el segundo lugar del primer grupo. Olga María Ibarreta de Ghío se detiene en *La noción de materia en San Agustín* aclarando los conceptos agustinianos de "materia informe" y de "materia formada". Barbardo Carlos Bazán diserta sobre *La unión del intelecto separado y los individuos según Sigerio de Brabante*, llegando a la conclusión de que el primero es una realidad externa al hombre concreto, unida en forma sólo accidental. Omar Argerami —a quien nuestra revista debe valiosas colaboraciones— presenta una edición crítica de la cuestión *De aeternitate mundi* de John Peckham, basada en códices manuscritos florentinos, con una introducción y notas en latín (hecho que los medievalistas mirarán con gozo y hasta —pienso yo— con emoción, tal vez no exenta de melancolía). Un *Fichero de Revistas* recoge una amplia lista de artículos sobre temas de filosofía patristica y medieval publicados en una cincuentena de publicaciones periódicas durante los años 1973-1974. Cierra el volumen una *Crónica* de actividades medievalistas de nuestro país y del extranjero, en el sabroso estilo de la animadora del *Centro* y directora de la nueva publicación, María Mercedes Bergadá.

Una revista como la nuestra, dedicada desde hace más de treinta años a profundizar y difundir el pensamiento de un doctor medieval no puede disimular su alborozo por la aparición de este volumen, deseando vivamente que el esfuerzo realizado tenga el eco que se merece y que las próximas entregas continúen honrando al saber argentino.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

NGUYEN-HONG-GIAO, *Le Verbe dans l'histoire. La philosophie de l'historicité du P. Gaston Fessard*. Coll. Bibliothèque des Archives de Philosophie, Nouvelle série, 16, Beauchesne, París, 1974, 427 pp.

El pensamiento del P. Fessard, cuya fecundidad es conocida (por ej., *La dialectique des Exercices spirituels*, 3 tomos; *De l'actualité historique*, 2 tomos...), no había sido estudiada hasta ahora en toda su amplitud. El autor retoma este pensamiento, a menudo difícil y complejo, en su lugar central, el de la historicidad. Como lo recuerda el cap. 1, la conciencia histórica se ha

problematicado con el comunismo y el nazismo, cuyas ideologías han liquidado la verdadera trascendencia.

Los orígenes del método de Fessard se encuentran tanto en Maine de Biran (cf. *La méthode de réflexion chez Maine de Biran*) y Blondel como en los Ejercicios ignacianos; así se establece la exigencia de no abstraer la libertad en una elaboración filosófica que recibe la herencia de Hegel, de Marx y de Kierkegaard. Son estos filósofos los que han puesto con más fuerza el problema de la existencia histórica; pero, pregunta el cap. 2, ¿se han dado ellos los medios para conducir sus reflexiones con éxito y con el rigor requerido por la misma naturaleza de su interrogación?

¿Cuál es entonces esa cuestión sobre lo histórico (*l'historique*)? Es la que se ocupa de la relación entre la lógica y la historia, lo infinito y lo finito, lo objetivo y lo subjetivo, lo necesario y la libertad, la teoría y la práctica (p. 131).

El cap. 3 designa los contornos del concepto de historicidad según Fessard; muestra en qué sentido los Ejercicios ignacianos permiten superar a Hegel, Marx y Kierkegaard; desgaja luego el sentido de la historicidad natural, humana y sobrenatural, e indica, en fin, los lazos que unen lo histórico con esas tres historicidades.

En el cap. 4, el más importante, Giau desarrolla el lugar propio de lo histórico, que es a la vez lenguaje y sociedad, y se ocupa en especial del lenguaje en su función simbolizante. Para el autor, “de un lado, se afirma la objetividad de la imagen como condición de la afirmación de la verdad revelada; del otro, se mantiene también que sólo de esta última recibe la imagen su razón de ser y su cumplimiento (*accomplissement*), y que por lo mismo ella debe ser superada” (p. 231). El mismo dinamismo se encuentra al nivel de los sentimientos, tal como el pudor exigido por San Ignacio que articula lo espiritual y lo carnal. De la misma manera, la armonía de la naturaleza y de la historia se realiza en la relación Hombre-Mujer, relación social por excelencia... Pero como no hay nada fuera de la libertad, “la fuente común de lo social y del lenguaje es entonces el poder simbolizante presente en el ser que habla” (p. 253).

El cap. 5 expone las categorías existenciales e históricas de Fessard: las famosas parejas del señor y del esclavo, del hombre y de la mujer, del pagano y del judío. El capítulo siguiente, sobre la base de todo lo anterior, indica las críticas dirigidas por Fessard contra comunismo y nazismo.

En el cap. 7 se analiza el contenido de la noción de Dialéctica, “ciencia de las reglas que el ser humano histórico debe seguir en el curso de su desarrollo efectivo que es el devenir-cristiano. O también, es la lógica inmanente a la realización de la libertad verdadera que es idéntica al Amor” (p. 353).

El último capítulo muestra cómo Fessard se sitúa frente al problema de la historia vista por la filosofía y la teología.

El lector podrá fácilmente apreciar la claridad del autor, su agudeza, su voluntad de llegar al fondo de los problemas encontrados, y se verá provocado a tomar o retomar las obras del mismo Fessard. Nguyen-Hong-Giau —nótese— no duda en criticar a este último cuando lo estima necesario (por ej., en el uso que hace de los autores).

El hermoso prefacio del Prof. J. Ladrière sitúa a su manera las investigaciones de Fessard en el centro de las actuales meditaciones sobre el lenguaje.